



INSTITUTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE BUENOS AIRES

LA ARGENTINA INDEFENSA (III)

“Primeramente se debe conocer la meta hacia la cual uno tiende para tomar una decisión; tomada la decisión el espíritu se serena.

Al espíritu sereno nada es capaz de turbarlo.

*En este estado uno puede meditar y **formarse un juicio acerca de la esencia de las cosas** y habiéndose formado un juicio sobre la esencia de las cosas, es como puede alcanzarse el perfeccionamiento deseado, es decir, llegar a la virtud”*

Confucio, siglo V a.C.

El pensador chino, desde su profunda mirada interior, nos brinda en unas pocas líneas un verdadero precepto de sabiduría política. La virtud como máximo logro humano, luego de llegar a la esencia de las cosas, plantearse objetivos y adoptar decisiones para alcanzarlos.

El hombre virtuoso es pleno, total, conduce con los conceptos centrales, sustantivos y no se evade por lo adjetivo, en lo meramente operativo. Alcanza esa *sabiduría* luego de un prolongado proceso de aprendizaje de la realidad, de la relación del hombre con el medio que lo rodea, sin prejuicios ni condicionamientos; sin ideología. Con ideas. El hombre mediocre es siempre parcial. Empobrece la realidad en la medida de sus intereses. Es superficial, banal, vive en permanente confusión porque ha extraviado sus valores. No se desarrolla sobre una identidad firme, sino desde lo accidental y transitorio, desde lo periférico y cambiante. Consecuentemente, es reactivo. Carece de libertad de acción, carece de iniciativa. Ignora hacia adonde va. Hace “mucho ruido y produce pocas nueces”. Vende angustias retóricas y distribuye generosamente la defraudación de la esperanza pública.

El mediocre corre detrás de la circunstancia, no la domina, pues no la entiende. Su ideologización le impide abarcar la totalidad situacional, desde una perspectiva central, conceptual, unívoca y cosmogónica. La ola profunda y el horizonte lejano, no son percibidos. Sus sensores espirituales son muy torpes. No focalizan. Los conflictos, como parte inherente de la vida y de la acción, son temidos e ignorados. La fuga irresponsable hacia los voluntarismos utópicos, agravan las crisis y profundizan la decadencia. Entonces emerge la transferencia y proyección de culpas. Es lo que caracteriza al hombre mediocre y a la cultura débil y contractiva, que intenta reemplazar a la realidad con su espejismo mitómano.

Más de 2500 civiles muertos en el Gran Buenos Aires en los últimos meses y más de 50 agentes de seguridad asesinados a mansalva, grandes áreas geográficas fuera de control, villas atestadas de drogas, áreas rurales libradas al amparo de Dios, contaminación por cohecho, compra de voluntades de grandes sectores del Estado y el clamor social pidiendo que alguien se haga cargo de la situación, no son más que el reflejo de una realidad cotidiana, que nos duele como argentinos.

Y, ¿porqué hemos llegado a esta situación terminal, escandalosa? Sencillamente porque nos han gobernado hombres mediocres. Transculturizados e ideologizados mediocres. Esos preceptos tan claros y sencillos que el maestro chino nos enseña en el epígrafe inicial, no aparecen. Nuestros dirigentes no entienden la naturaleza de las cosas. Carecen del mínimo sentido común. La ideología mató a la Política y los negocios bastardos al Bien Común. Pueden mirar, pero no ven. Pueden apreciar, pero no sienten.

Desde hace más de treinta años el narcotráfico está debilitando al Estado en todos sus planos y feudalizando a sus Instituciones. Los casos, en América Latina, son abrumadores. Bolivia, Perú, Colombia, Venezuela, Brasil, Paraguay, Ecuador. Miles de muertos, áreas geográficas sin soberanía estatal, violencia, corrupción generalizada, falta de inversión, desocupación, pobreza, hambre y desnutrición. Solamente con un sano y sólido Estado, Argentina podría haber quedado al margen de ésta realidad. Pero nuestras Instituciones están destruidas, malversadas y decadentes, gracias a hombres mediocres que han optado por hacer ideología barata, extemporánea y superflua, por resentimiento o por ignorancia.

Desde hace quince años el Instituto de Estudios Estratégicos de Buenos Aires viene alertando sobre esta realidad. Hemos expresado que el eje de la maniobra mafiosa se realiza a través de tres vertientes operativas: *el acceso a las redes de poder, al capital y a la violencia*. El narcoterrorismo en América Latina ha utilizado estas vías de modo similar en todos los países. Siempre en forma planificada, a fin de controlar y dominar a los poderes políticos de turno. Mientras tanto, nuestros mediocres dirigentes creen que el problema de la seguridad está en los desarmaderos de autos.

Argentina no esta dando batalla, dentro de la guerra mundial en acto. No nos apercebimos de la maniobra global opuesta. Nada hacemos para contrarrestarla, por irresponsable inconciencia. No existe una estrategia de mínima y la incertidumbre aumenta, en función alternativa con las vagas esperanzas creadas por plumíferos a sueldo. Cuando el vaso desborda, damos combates aislados y desincronizados, para que nada cambie.

Esta semana los máximos responsables de la Seguridad Pública en la Pcia. de Buenos Aires admitieron abiertamente su propia derrota: *“Con nuestros medios no podemos controlar la situación”*. El auxilio de una fuerza federal es la manifestación más acabada de la pérdida de poder de ese gobierno. Los casi 50.000 efectivos policiales no fueron capaces, *“per se”*, de encauzar la situación. No tuvieron, ni tienen Planeamiento Integral, ni Inteligencia. Carecieron de una *“voluntad política”* para alcanzarlos. No hay objetivos a plazo, no hay doctrina integral, no hay organización. No hay ni hubo respaldo político, ni judicial, ni mediático, al accionar integral de fuerza. Todo se hace por reacción y extemporáneamente. Todo es parcial, secundario y superficial. Todo está en manos de mediocres.

Como dice el profesor Edward Luttwak: *“El poder es en primera instancia un **proceso perceptual**. El poder percibido no disminuye con la distancia, porque no es un fenómeno físico, o casi físico. Por la misma razón, no se consume por el uso. En efecto, la percepción es una de las pocas actividades humanas que no consume sus objetos, aún imperceptiblemente. Por contraste, la fuerza aplicada en un sector, para imponer tranquilidad en una tribu levantisca, no está disponible para su empleo simultáneo contra otra y cualquier incremento en el número de blancos, disminuye la cantidad de fuerza que puede ser empleada contra cada uno. Es por esta razón que la eficiencia de los sistemas de seguridad deben depender de su economía de fuerza o, dicho de otra manera, su eficiencia depende del grado en el cual la fuerza se mantiene como un componente inactivo de poder percibido, más que de uso directo. En primera instancia, la seguridad requiere la protección de cada uno de los intereses vulnerables al ataque; en el segundo, requiere meramente la capacidad reconocida para destruir medios enemigos seleccionados e infligir niveles de daño inaceptables”*.

Nuestros “especialistas” aplican este relevante concepto teórico, directamente al revés. Utilizan la totalidad de la fuerza, en forma dispersa y disfuncional con el objetivo que se persigue. Y como no va dirigida al centro neurálgico del adversario, su efecto siempre es secundario y periférico. *“La fuerza no es eficiente porque no está en reserva del poder percibido para aplicarse quirúrgicamente en infligir daños inaceptables a su centro sensible”*. Al mismo tiempo el poder, como persuasión en la mente del oponente, deja de existir como amenaza real o potencial. ¿Ignorancia o complicidad?

La confusión es la reina de todos los males. La crítica situación social nos llama a la madurez y a la meditación sobre las causas profundas de nuestra decadencia. La sociedad espera respuestas globales y no reacciones tardías e histéricas. Como diría Lao Tse, hace 2500 años:

“Quien no sepa moderarse, quien no sea dueño de sí mismo, quien se deje arrastrar por los primeros movimientos de indignación o de cólera, no podrá dejar de ser víctima de los enemigos”.